

els joglars: cuando al principio no era el verbo



Albert Boadella, director de "Els Joglars".

CUATRO ingredientes condimentan —y explican— este manjar catalán que conocemos con el nombre de «Els Joglars». A saber, unas onzas de locura adolescente, varios gramos de anarquía provocadora e iconoclasta, densas gotas de egocentrismo no disimulado, y un solo principio estético que comparten con los trapacistas y los domadores: el viejo «más difícil todavía». Cuatro ingredientes sólidos: como ocurre con muchas empresas, «Els Joglars» han conseguido permanecer —trece años ya— a pesar de los numerosos cambios de personal.

Si algún conjunto teatral merece con toda propiedad el calificativo de independiente, este grupo es el que dirige Albert Boadella. Son nueve hombres y mujeres de teatro, pero están al margen del teatro al uso. Son nueve profesionales, pero ignoran sin escrúpulos al resto de la profesión, sus obras y sus pompas, sus frustraciones y sus salarios mínimos. Hacen el arte por su cuenta y también la guerra. Son autosuficientes: en cada uno de ellos late un artista y vive un empresario, porque para ser dueños de sí mismos han tenido que convertirse en sus propios patronos. Acaso sus productos singulares (tan singulares que ni siquiera han sido verdaderamente copiados) sólo puedan inventarse, hoy dentro de esta marginación a ultranza.

Haciendo caso omiso de la Biblia «Els Joglars» han intentado demostrar que al principio no fue el verbo, sino el gesto: la mueca antes que la palabra, la contorsión antes que el grito. Y hasta tal punto sustentaron esta certeza que incluso llegaron a declararse en un radicalismo extremo, enemigos mortales de la expresión oral y del concepto articulado. Tal vez a causa de esta actitud, algunos han interpretado la trayectoria de «Els Joglars» —desde aquel «Mimodrames» de 1962, a desde ese «Diari» de 1968, que marca el inicio de la etapa profesional hasta el actual «Alias Serrallonga»— como una larga y progresiva reconciliación con el viejo adversario, la palabra. Pero ello sólo es verdad en la superficie, en lo externo. La verdadera trayectoria de «Els Joglars» es la que va desde el «parodos» —la parodia— al «odos»: a la historia narrada. Hasta

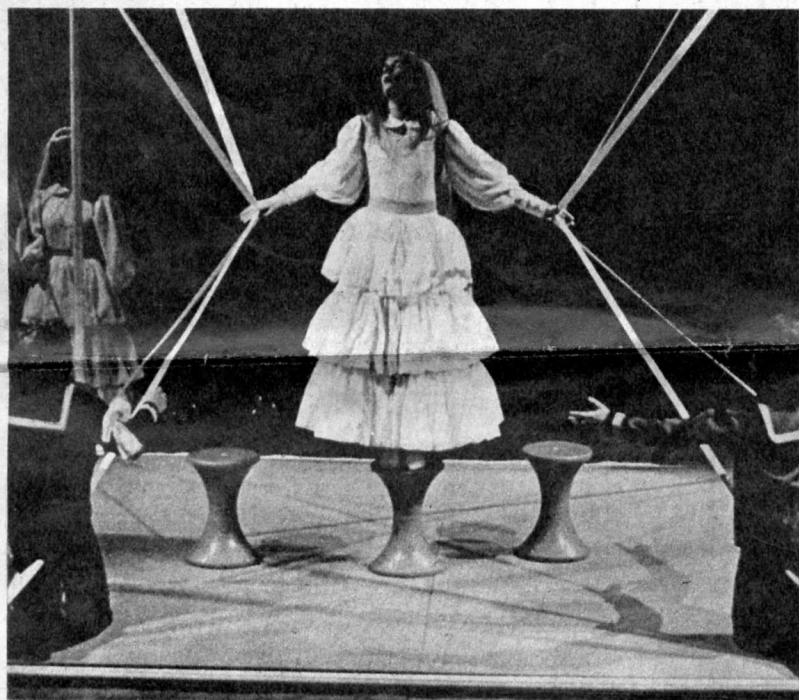
ahora, todos sus montajes («El joc», «Cruel Ubris», «Mary d'Ous»), más allá de sus notables diferencias y de su paulatino alejamiento respecto al modelo del mimo tradicional, tenían en común un punto fundamental: eran un metalenguaje, una reflexión escénica sobre otros lenguajes escénicos ya existentes; la materia de su trabajo no era la vida misma, sino la forma —o las formas— en que el teatro ha reflejado esta vida. La realidad sólo aparecía en segundo grado, indirectamente reflejada en un lenguaje artístico convencional —la tragedia griega, la ópera, el teatro naturalista— inteligentemente distorsionado. Sus espectáculos eran crítica de la sociedad en la medida, sobre todo, en que eran parodia de las formas con que el arte dramático había tratado de reflejar esa sociedad en el curso de los siglos, en la medida en que revelaban lo que tales formas habían ocultado sistemáticamente.

Así pues, la gran innovación joglaresca de «Alias Serrallonga» no es el recobramiento de la palabra, sino el de la «narración». Por vez primera en su biografía, «Els Joglars» nos narran una historia, encadenan lógica y cronológicamente unos hechos para hallar un sentido en este encadenamiento. Este es el gran salto de «Els Joglars», la gran ruptura con su propio pasado.

Un pasado que, evidentemente, imprime carácter. De ahí, las «impurezas» que jalonan esta narración de la vida y la muerte de Serrallonga; de ahí esa propensión al «gag» a veces gratuito e ingenuo —en el contexto dramático— y, sobre todo, esa escena en que, volviendo a sus antiguos amores, «Els Joglars», no pudiendo parodiar nada más, caen en la trampa nostálgicamente narcisista de parodiarse a sí mismos. Diríase que, en este «Serrallonga», calzan todavía zapatos de distintos pares: en un pie, el antiguo, el de la parodia; en el otro, el nuevo, el de la narración de historias. Pero tal vez es en este desequilibrio donde reside el secreto del espectáculo más audaz, demencial, peligroso (sic), abierto y rico que hemos podido ver en muchos años.

Jaume MELENDRÉS

(Fotos Pepe Encinas y Archivo)



"Mary d'Ous".

